

# MANUEL ANGELES ORTIZ

ANTONINA RODRIGO

**E**l pintor Manuel Angeles Ortiz es un hombre de 86 años. Mantiene su planta de buenmozo, una cabeza de tribuno aureolada de cabellos blancos, la viveza alegre de sus ojos, una piel tersa y sonrosada y una risa joven que estalla en cascada, tierna y contagiosa. Conserva prodigiosamente la vieja memoria de las gentes y de las cosas. Una memoria plástica y colorista de fino pintor andaluz, capaz de recrear las más asombrosas imágenes de la Granada de su infancia y primera juventud, junto a Federico García Lorca y las de París, de su plena juventud, junto a Picasso.

Cuando el pintor Manuel Angeles llegó a París, en octubre de 1922, llevaba varias cartas de presentación que le había escrito en Granada Manuel de Falla. Una era para Picasso, otras para el pianista Ricardo Viñes, otra para el matrimonio polaco melómano Godebski y otras para el pianista ruso Larinoux.

El viaje lo hizo en compañía del poeta malagueño Emilio Prados. En la estación parisina del Quai de Orsay los esperaba el pintor granadino Ismael González de la Serna. Ismael lo había animado a que se fuera a París, tratando de distraer su honda tristeza por la reciente muerte en flor de su mujer. González de la Serna le había reservado a Manuel Angeles una habitación en el hotel de Dinamarca, en el 21 de rue Vavin, del barrio latino de Montparnasse, donde Ismael vivía con una amiga pianista. Pero el frío lo echó pronto de allí y al mes siguiente se instalaba en un estudio del 3 de la rue Vercingétorix. Desde las cristalerías del nuevo taller, un clásico estudio de la época, sin luz eléctrica ni agua, con una temperatura capaz de helar cada noche el agua de la palangana, Manuel Angeles, que venía inundado de la dorada luz del claro otoño granadino, divisa un panorama de grises macilentos, viejos tejados y chimeneas ennegrecidas.

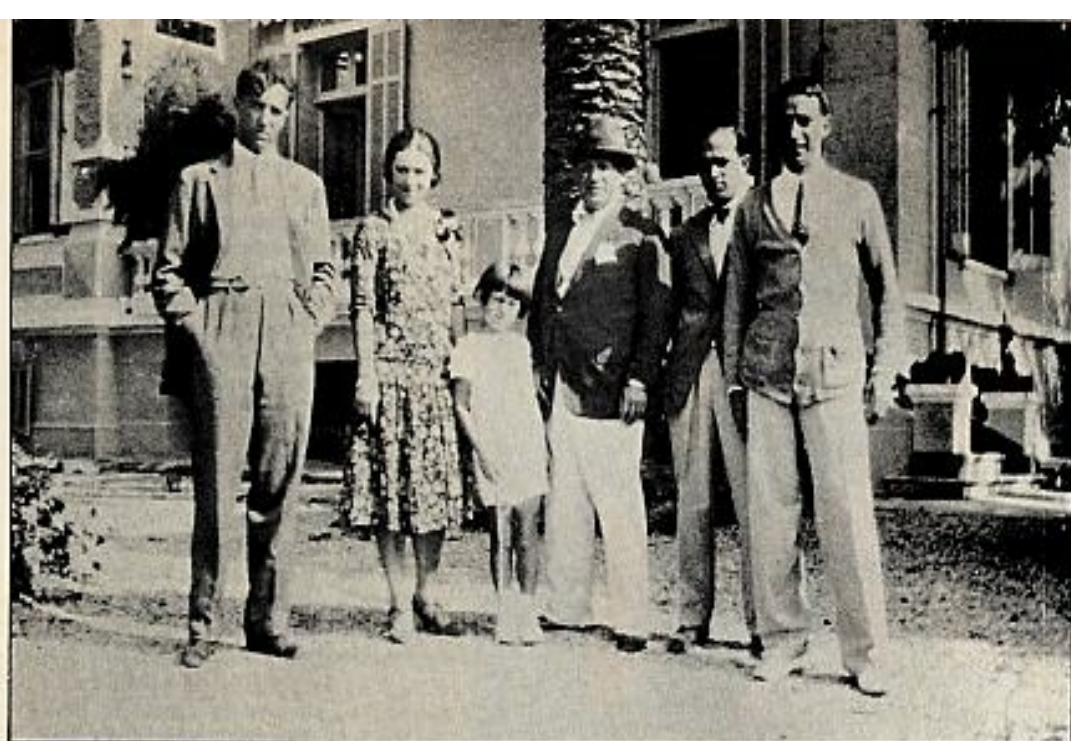
Con la credencial de Falla, Manuel Angeles se presenta en casa de Picasso a los tres o cuatro días de su llegada a París. El encuentro con el gran artista malagueño le abre un mundo de imágenes plásticas fascinante y le infunde seguridad para encontrar «el camino». Picasso decía: «Lo fundamental es despertar el entusiasmo.» Porque consideraba que era el dispositivo infalible para la crea-

ción. Por una carta de Manolo, de 16 de noviembre de 1922, a su protector Falla, conocemos la exaltación que embargó su espíritu tras la visita:

«...Fui a ver a Picasso, éste me recibió muy bien y tanto él como su mujer me preguntaron mucho por usted. Después de estar un gran rato de charla y ver sus cuadros quedamos en que yo a otro día le llevaría mis cosas para que las viera, como así

*Manuel A. Ortiz con su amigo de infancia Federico García Lorca, en el quiosco del agua y azucarillos de la plaza de los Aljibes de la Alhambra. Cuando apareció el primer libro del poeta granadino Impresiones y Paisajes le escribió esta dedicatoria: «A Manolo Ortiz, maravilloso artista lleno de vida y fortaleza, que está enamorado y olerá la rosa inmortal. Con toda el alma, Federico, 7 de abril de 1918.»*





De izquierda a derecha, Manuel Angeles, Olga, Pablito (mujer e hijo de Picasso) Picasso, Boras y Peinado en casa de Picasso en Juan-les-Pins, en el verano de 1925.

sucedió y gracias a Dios y a usted que me hizo traer mis trabajos y presentarme a Picasso, estoy trabajando como nunca y viviendo con una intensidad grandísima, alocadamente, pero sin perder el equilibrio, hoy es esto y mañana es aquello, pero lo conseguiré (creo que tengo esa seguridad). Pues, como le iba diciendo, vio Picasso mis trabajos muy detenidamente y después de que los hubo visto me dijo: bien, pero no es ése el camino. Esto me confirmó lo que yo ya sabía, o sea, que andaba desorientado. Estuvimos hablando después sobre cuestiones de arte y me fui arañando las paredes porque la cabeza me daba vueltas y aún no ha parado por hacer y deshacer» (1).

## La amistad de Falla y Picasso

La primera impresión ante el mítico Picasso, nos ha contado Manuel Angeles, fue de asombro. El nombre de Picasso era ya tan alto, que el joven pintor esperaba encontrarse ante un hombre de «siglos». Sin embargo, en 1922 Picasso tenía 41 años y una imagen vigorosa, alegre, viva, palpitante, de trabajador incansable, con unos ojos impresionantes, inolvidables, que parecían taladrar el mundo. Secretamente, una de las razones de la admiración de los jóvenes intelectuales granadinos por Manuel de Falla, era su amistad y colaboración con Picasso en París. La amistad de los dos grandes genios andaluces de la música y de la pintura venía de lejos, de sus primeros tiempos parisinos. En 1919, Picasso había hecho los decorados y figurines para la obra de Falla «El sombrero de tres picos», estrenada

como «Le Tricorne» en el teatro Alhambra de Londres, por los ballets rusos que dirigía Sergio Diaghilef. Picasso diseñó siete figurines y los telones de escena y embocadura. Un paisaje granadino para el primer acto y un mantón negro floreado, simbolizando la noche, para el segundo. Y en 1921 haría también los decorados para el ballet de Falla, «Cuadro Flamenco». En 1920, Picasso había realizado un retrato de Falla. Un vigoroso dibujo a línea, en el cual el músico recordaba a un viejo, enhiesto, cantor en trance de arrancarse por solearse.

En 1922, cuando Manuel Angeles da el salto a París, Picasso liquidaba el período cubista, con los lienzos de «Los tres músicos». Entraba en la fase

neoclásica o el llamado «período pompeyano», con: «Mujer sentada», «La griega», «La flauta de pan» y los retratos de su hijo «Pablo, arlequín» y «Pablo, pierrot»..., que darían paso a la nueva transición de formas distorsionadas y singulares metamorfosis poscubistas.

La entrada en relación con Picasso fue para Manuel Angeles el empuje decisivo en su carrera. Entre los dos pintores andaluces se iniciaba una amistad que sería imperecedera, con esa admirable fidelidad que el artista malagueño guardó siempre a sus amigos. Estimulado por la acogida y orientaciones de Picasso —bien, pero no es ése el camino— el recién llegado se puso a trabajar afanosamente. Asiste a la Academia Libre de la Grande Chaumière, en la cual ya había dibujado en su primera estancia en París, en 1920, cuando llegó en compañía de su joven mujer y su hija de meses, Isabel Clara, ahijada de Federico García Lorca. Trabajaba todo el día, infatigable, «sin parar de

Maurice Sanehs (músico y compositor), Pablito (hijo de Picasso), Picasso y Manolo en la playa de Juan-les-Pins, en la Costa Azul, 1926, de izquierda a derecha.



(1) Archivo de Manuel de Falla. Madrid.



*«Bodegón de la mandolina», 1926.*

## MANUEL ANGELES ORTIZ

hacer y deshacer», insensible al desaliento, hasta el punto de realizar en tres meses unos 3.000 dibujos. Compañero y amigo de esta hora fue el escultor Alberto Giacometti.

### Picasso le concede «la oreja»

El trabajo fue en aquellos momentos críticos y sigue siendo para Manuel Ángeles, a sus 86 años, un júbilo, el motor principal de su inextinguible alegría. Las palabras de Picasso, como fondo musical, espolearon briosamente la sensibilidad a flor de piel de Manolo, por senderos no trillados descubiertos a sus ojos por el maestro malagueño. Fueron jornadas de vértigo, quemando etapas al recorrer caminos presentidos ya en su obra. La labor que el pintor desarrolla en el espacio de tres semanas fue ingente y Picasso la calificó de «extraordinaria». Cuando cree que tiene obra suficiente, una tarde coge sus carpetas con una buena parte de su producción, y se encamina a casa de Picasso, en el 23 de la rue de la Boétie. A su regreso, loco de contento, con la respiración entrecortada por la emoción y las empuñadas escaleras, se lanza a contarle su «triunfo» a Falla, artifice de aquel contacto que tanta luz le había proporcionado. El escrito tiene todo el calor y la frescura de lo inmediato. En la carta se percibe el clima de incontenible exaltación, fruto

del aliento sincero, del estímulo de sus palabras y la fuerza plástica y creadora picassiana: «Queridísimo don Manuel: No puedo menos de escribirle a usted, ¿la causa?, ¡¡¡pues que estoy muy contento!!! Hoy he estado en casa de Picasso, le he llevado treinta dibujos y un óleo de dibujo de mujer. Sé el enorme interés que tiene usted por mí y voy a tratar de explicarle con detalles el triunfo en casa de Picasso. Como le decía a usted lo primero que vio fue el óleo, al momento de verlo dijo: es extraordinario, usted es otro hombre, esto está muy bien. Claro es que me hizo ciertas indicaciones respecto a la técnica del color, pero yo le juro a usted don Manuel que eso ya está despa-

*Sol y pájaro volando... 1958.*





-Paisaje granadino-, 1966.

chado con superación (perdone si me exalto en la manera de calificarme, pero es que me siento muy lleno de cosas), pues bien, después de ver el óleo empezó con los dibujos, al ver el primero exclamó: parece imposible; esto que me trae usted parecen los resultados de una obra de dos años de trabajo en París, después de haber visto y estudiado mucho, y usted tan sólo hace veinte días que estuvo en casa para mostrarme las cosas que traía de España completamente distintas. Continúa viendo los dibujos y diciéndome que este caso no se da más que en un español, más aún en un andaluz y le juro a usted (dirigiéndose a mí) que un hombre del Norte, pongo por caso de Suecia, necesitaría por lo menos siete años para comprender lo que usted en un día, con tres palabras que le dije, ha comprendido, y la prueba de ello, estos dibujos que están muy bien.

•Paréntesis: mientras Picasso veía los dibujos, me contó una cosa muy curiosa respecto a él, porque revela su posición actual en el arte: era que un señor, desde Barcelona, le escribió una carta en la que le hablaba de cubismo y le decía: He visto muchos cuadros de pintores cubistas, pero he sacado el convencimiento de que para hacer cubismo es necesario ser de Málaga...

•Yo no lo había dicho, pero lo había pensado. Después que vio todos los dibujos, nos sentamos a charlar y hablamos de Andalucía; yo le contaba cosas y hablaba de pueblos y ciudades andaluzas diciéndome él que 'de oírme le daba tristeza y le entraban deseos de irse'. Continuamos nuestra charla y hablamos de toros hasta que nos entusiasmos. Me levanté para

irme, y cuando me despidió en la puerta, me dijo: Hasta pronto y le doy la oreja» (2).

## Picasso: «yo también soy matador de toros»

El arte, los toros y el cante jondo iban a ser los temas que consolidaran la gran amistad de Picasso y Manuel Angeles. Manolo llegaba de la Granada del Concurso de Cante Jondo, en donde había aprendido a cantar flamenco con Federico García Lorca, y se arrancaba con facilidad en las reuniones que se organizaban en casa de los Viñes. Por entonces, el pintor Hernando Viñes estudiaba la guitarra

(2) Archivo de Manuel de Falla. Madrid.

-Mujer desnuda en un sofá-, 1980.



## MANUEL ANGELES ORTIZ

con Ramón García, y su hermana Elvira aprendía baile flamenco con Bonifacio, «un mariconcillo delicioso», que actuaba en París. Picasso cantaba, sobre todo malagueñas. Hay una curiosa fotografía, tomada en las fiestas de su 80 aniversario en Vallauris, en la que Picasso está cantando con Manolo, junto a un guitarrista, en un rincón de la sala. Porque Manuel Angeles pasó a formar parte del grupo de amigos íntimos que rodeaban al artista malagueño. Era asiduo comensal en su mesa y muchas noches Picasso le pedía que acompañara a Olga a la ópera o a un concierto, porque él tenía que quedarse trabajando. Cuando asistían a las corridas de toros, en las plazas de Nimes, Arles, o en la plaza desmontable de madera que un empresario de La Camargue instalaba en las principales ciudades del mediodía de Francia, durante el verano. Manolo era siempre el compañero inseparable de Picasso. Conocemos varias tarjetas postales, en las que Picasso le anuncia su asistencia a la corrida, o la hora en la que deben encontrarse. Un día, desde Vallauris, decidieron ir a ver una corrida a Nimes. Nos cuenta Manolo

que, al pasar por un pueblecito del trayecto, en la puerta de un hotel vieron a uno de esos enormes automóviles en que viajaban los toreros con toda la cuadrilla, con el aparatoso equipaje usual en tales desplazamientos, donde no faltaba nunca el tradicional botijo de agua. Al verlo, Picasso dijo: «Mira, aquéllos deben ser los toreros.» Nos acercamos y bajamos del coche. El diestro era Posada, al cual acompañaba su padre, que no sabía quién era Picasso. Al ver el interés que se tomaba por el torero, sacó unas tarjetas de su hijo en traje de luces, y muy ufano les dijo: «Mire, les voy a firmar una postal, porque yo soy su padre.» Entonces Picasso cogió otra postal y dijo: «Pues yo también le voy a firmar a usted otra, porque yo a mi manera también soy matador de toros.»

Claro que no todo eran toros. Las fotos que tenemos a la vista nos muestran a Picasso con Manolo, en su vida cotidiana, en diferentes playas de la Costa azul, sobre todo en Juan-les-Pins, con Olga, su mujer, y su hijo Pablito... En la puerta del Casino de Montecarlo, o instalando alguna exposición: colocando piezas de cerá-

mica o colgando cuadros; en fiestas de sociedad, como aquella en que el pintor malagueño está vestido de torero en un baile en casa del conde Etienne de Beaumont, en 1924. Manolo Angeles está junto a él de smoking. Ese smoking que tuvo que hacerse para alternar en las fiestas de la alta sociedad, en la cual entró de la mano de Picasso. Ambiente propicio que posibilitó el encargo de retratos de personajes de la aristocracia y las altas finanzas, que constituyó su medio de vida durante muchos años.

### En los cafés de la bohemia

Para Manuel Angeles Ortiz, el pintor jienense-granadino, aquéllos serían años de grandes amistades, intensos amores y de una bohemia activa y alegre. Años de «disipación», los llama Manolo. Pero la vida social, en la que «lo mete Picasso», no lo aleja de la pintura ni le impide frecuentar las tertulias de los cafés de «La Rotonde» o «La Closerie des Lilas». Allí se reúne con un grupo de pintores españoles, que luego formarán la co-

Picasso y Olga con su hijo Pablo y Manuel Ortiz, en la puerta del Casino de Montecarlo, de izquierda a derecha.



Ricardo Viñez, Olga (mujer de Picasso), Picasso y Manuel Angeles Ortiz, de izquierda a derecha.





Picasso y Manuel A. Ortiz, en 1953.

Flores, entre otros. Desde allí, como rebaños, son conducidos, con hostigadores ¡alel, ¡alel de los gendarmes, al campo de concentración de Saint-Cyprien, al sur de Perpignan.

Un día, entre aquel amasijo de hombres demacrados, depauperados, heridos, atacados de disentería, que los gobernadores franceses mantienen tirados en las playas, rodeados de alambradas, pasa por el lado de Manuel Angeles, Arturo Serrano-Plaja: «pero, ¿qué haces tú aquí?; ¡vente con nosotros que estamos allí!». No lejos de su chabola, cavada en la húmeda arena, estaban en:

*Barraquita sonriente  
con sus colchones de arena  
donde duerme tanta gente...*

Rafael Dieste, Herrera Petere, Fernández Canivet... Y, a los 15 días, los altavoces, como un canto celestial reclamaban a Manuel Angeles. El propio Ministro del Interior había ordenado al Prefecto de los Pirineos Orientales la puesta en libertad del pintor, inmediata consecuencia de la intervención de Picasso.

Manuel Angeles abandona el campo de concentración y tras una noche de tren llega a París. En la estación lo esperaba el propio Picasso, que se lo lleva a su casa. Manolo perdió la cuenta de los cafés con leche y croissants que se tomó aquella mañana en la casa del genial malagueño. No se conoce suficiente los incommensurables alcances de la generosidad de Picasso con los exiliados republicanos españoles. El pintor fue la tabla de salvación para muchos de nuestros compatriotas. Escuchaba a todos sin preguntar nada, le bastaba sólo que fuese exiliado español. Encontraba siempre la solución para cada caso poniendo en juego su poderosa influencia. Ya fuese para obtener un visado, encontrar trabajo, casa o reclamar a alguien, a quien no conocía, de un campo de concentración, haciéndose responsable moral y material en la prefectura de un artista o padre de familia que necesitase quedarse en París. Al darle el «recepissé» (permiso de residencia), les decía: «Bueno, ahora no os metáis en líos, porque me fusilan a mí». Y cuando alguien le pedía una recomendación difícil, mientras cogía el teléfono para hacer la gestión, decía: «¿Pero quien se creen que soy yo? ¡Si soy menos que un guardia civil!». ■ A.R.

nocida «Escuela Española de París»: Bores, Peinado, Cossío, La Serna, Viñes, Ucelay, Togores, Pruna, Fenosa... Por allí aparece también el genial bailar Vicente Escudero, que se interesa pasionalmente por la pintura; también Luis Buñuel, con el que Manuel Angeles colabora como extra en la película *La edad de oro*; Santiago Ontañón y Francisco García Lorca, el futuro gran ensayista, que prepara su carrera diplomática y hace destrozos en los corazones de las francesas, a quien llaman «los ojos bellos de Granada». Acudían asimismo compatriotas exiliados durante la dictadura de Primo de Rivera: Unamuno, Maciá, Queipo de Llano, Ramón Franco y su mecánico Rada...

### Picasso: «si soy menos que un guardia civil»

En su taller parisino de la calle del Odeon, Manuel Angeles tiene colgado un cuadro -que no olvida nunca de enseñar a quienes lo visitan por primera vez-. Es el reverso del giro postal, «mandat», que Picasso le envió al campo de concentración de Saint-Cyprien, en el Rosellón, en 1939. Escrito de puño y letra por el pintor malagueño, dice: «Amigo Ortiz, aquí le mando mil francos. Su madre y su hija

están aquí en París, en su taller de la rue Vercingétorix. Cuando llegaron a la frontera me mandaron un telegrama y yo les mandé mil francos. Ayer fui a verlas y les di sus señas. Nos ocupamos de V. y de los otros, haciendo todo lo que podemos para sacarlos de ese infierno. Un abrazo de su amigo, Picasso. Hasta pronto y escriba.»

El 18 de julio de 1936, había sorprendido a Manuel Angeles en Madrid, donde se incorporó a la Alianza de Intelectuales Antifascistas, al lado de Neruda, Alberto, Bergamín, Lacasa... Al cabo de unos meses regresó a Barcelona, donde ejercía, antes del levantamiento militar, como profesor de dibujo en el instituto Maragall. En la capital catalana colabora, a la vez que desarrolla su labor docente, con la Dirección de Prensa y Propaganda de la Generalitat, haciendo carteles propagandísticos, dibujos y periódicos murales destinados al frente. En febrero de 1939, carretera adelante, forma parte de uno de los éxodos más impresionantes de la historia, con la aviación enemiga barriendo las carreteras atestadas de refugiados que huyen hacia la frontera. En Figueras su familia se dispersa y Manuel Angeles entra a pie a Francia, por Le Perthus, con los pintores Enrique Climent,